

QUINCE DUNCAN. Costarricense. Escritor. Ha publicado los libros: Una canción en la madrugada, **cuentos, 1970**; Hombres curtidos, **novela, 1971**; El negro en Costa Rica, **investigación histórica en colaboración con el historiador Carlos Meléndez, 1972**; Los cuatro espejos, **novela, 1973**; Los cuentos del Hermano Araña, **colección de cuentos folclóricos, 1975**; El negro en la literatura costarricense, **1976**; La rebelión pocomía y otros relatos, **cuentos, 1976**; La paz del pueblo, **novela, 1978**. Premio Editorial Costa Rica del año 1978, en el concurso de novela corta, con la obra Final de calle. Profesor de historia y de inglés.



**CUENTOS: "JUAN", "NADAIME
OTON Y EL DIOS DE BARRO"**

QUINCE DUNCAN

Juan

Estimado padre:

Te escribo esta carta, seguro de que podrás conseguir quien te la lea.

Quiero pedirte en primer lugar que vayas a ver a la madre de Juan, y a una tal Carmen, muchacha de Alajuela, de quien aparentemente estaba enamorado, y con la cual pensaba casarse a su regreso de la Guerra.

Perdona que la carta tenga que llegar por intermedio del capitán, pero no me atreví a dársela al padre, ya que como verán, tengo algunas cosas dichas sobre él y me da miedo que se enoje con ustedes.

Tengo el pie malo y anda por el aire una enfermedad extraña que hemos adquirido en Nicaragua, y que según dicen los que saben de estas cosas, viene del aire tibio, por lo cual, dudo mucho que pueda llegar a casa para verlos de nuevo.

Nunca les he dado las gracias por haberme mandado a estudiar a Europa. Yo sé que para ustedes fue todo un sacrificio, y si tuve que venirme, fue por el despojo de que los hizo víctimas el desalmado de Sanch, cuyo hermano y cómplice en paz descansa. Fue mi jefe durante la guerra. Pero no fue en vano el esfuerzo de ustedes: lo que he aprendido lo he enseñado a otros, y algunas cosas, como verán, quedan escritas en esta misiva que les envío.

Juan debe sobrevivir. Por eso te pido que vayas a ver a su familia y a su novia y luego que pagues una esquela en el periódico, para que de él se tenga memoria, y algún día cuando algún historiadador busque en los libros de la Iglesia y encuentre el asiento que ha hecho el padre, sepa de quién se está hablando: de un soldado cabal.

Porque el padre es hombre de pocas letras y puso pocas palabras en el libro: "Murió hoy el soldado héroe Juan Santamaría". Fue todo lo que puso y es lógico. Ustedes saben lo que es este cura. No entiende nada. Por ejemplo, no me ha dejado en paz por haber estudiado en Francia. No ha leído libros franceses, estoy seguro. Pero se las da de conocedor de Las Francias, y condena a este, menosprecia a aquel y así va, y maldice la hora en que ustedes me enviaron a Francia porque considera que allá perdí la fe.

Yo, padre, bendigo esa hora. Por eso cuando el padre habla mal de Rousseau, y dice que la mucha letra es cosa del demonio, yo me enojo y le digo que toda sabiduría viene de Dios y que eso está escrito en la Biblia. Y más furioso se pone y dice que es un sacrilegio leer la Biblia sin autorización del Obispo.

En fin, un cura es siempre un cura.

Padre, hay algunas cosas en esta carta que tal vez no están muy explicadas. Eso no es por majadero, sino porque no sé cuánto tiempo voy a durar hasta que el veneno llegue al corazón. Porque se me olvidaba decir que fui herido en un pie y se me ha llenado de veneno, y además no es raro que me agarre también la enfermedad esa que anda y me muera en cualquier momento. Por eso tengo que darme prisa, y no me puedo detener a explicar. Pero estoy seguro que si hablan con el mismo capitán o con Joseph, porque Joseph es hombre estudiado en letras, y puede ayudarles con cualquier cosa que les quede oscuro.

Voy a darme prisa entonces, y apuntar las cosas que yo sé que el cura no va a apuntar. Pero les ruego que no se les olvide que deben ir los dos, mamá y tú, a la casa de Juan y conversar con la madre y luego hablarle a Carmen.

Juan es un héroe que nuestro país no debe olvidar.

Empezaré hablando de antier. Ustedes saben lo lindo que es la tierra de abril, sobre todo por las tardes cuando los rayos del sol caen con fuerza sobre la tierra, y en el encuentro de humedad y calor, hierve el agua que corre debajo de nuestros pies.

En Nicaragua es la misma cosa. Igualito, salvo por un detalle: es mucho más caliente aquí. Y a pesar de las frecuentes lluvias, apenas sale un poco el sol se levanta otra vez el polvo a lo largo de los caminos.

Estábamos en la torre de una vieja iglesia que queda a la entrada de Rivas, y desde allí podíamos ver el vaho abundante y tibio que salía de la tierra para ir a encontrarse con las distantes nubes. ¡Y había tanto calor en Nicaragua! La única cosa que daba alivio o tregua de vez en cuando, era el poco de humedad que de cuando en cuando se

desprendía de alguna nube muy cargada, para amortiguar el ardor de los rostros de la soldadesca. Pero después era peor.

Nuestro capitán, el mentado capitán Sanch, estaba durmiendo su fea gordura. Y confieso que lo he pensado mucho antes de poner estos detalles, porque nadie espera ver un capitán que esté con sus tropas de turno, durmiendo tranquilamente en medio de un ambiente de guerra. Eso podría llevarle a ustedes a crearse una mala imagen de lo que son los soldados costarricenses. Pero he pensado que un poeta siempre debe decir la verdad, y además el capitán Sanch es un caso especial. Es el más descuidado, el más torpe, el más bruto de los oficiales. Bueno, era, porque en paz descanse. Mala suerte la mía que me hubiera tocado con él.

Pero también ustedes deben recordar que hace pocos días no éramos soldados, sino labriegos sencillos, pacíficos y confiados. Campesinos que queríamos sólo que nos dejaran trabajar la tierra y vender su producto. Hace un mes el capitán Sanch no era capitán ni nada, y si lo nombraron fue por el dinero que su familia puso y que entiendo es mucho. Ellos ayudan a financiar la guerra, y a cambio exigen puestos importantes. Pobre, cuando al terminar la guerra le empiezan a pasar la factura.

Cuentan que Sanch, ya con el nombramiento en mano, tuvo que preguntar qué cosa era eso de capitán, porque no tenía ni la menor idea. Por eso no les debe extrañar el letargo del capitán, mientras Juan, el nica Rosales y yo vigilábamos.

Vimos de pronto, estando pues en la torre, una pequeña hilera de polvo que se levantaba por el camino, y alcanzamos nuestros fusiles y nos preparamos para todo. No quitábamos la vista del objeto que se acercaba, y que parecía un animal; se iba haciendo grande, desaparecía de trecho en trecho sólo para reaparecer cada vez de mayor tamaño, porque fue primero un bulto, y después un animal, y luego un caballo y despertamos al capitán Sanch.

El capitán estaba medio azurumbado por el sueño, carraspeaba, y tratando como un tonto de imponer autoridad sobre nosotros, nos puso en guardia. Tenía que borrar el mal concepto que ya nos habíamos formado al verlo dormido.

Yo miré a Juan de reojo para reírnos del ridículo que estaba haciendo el capitán Sanch, pero el muchacho inquiría con seriedad, imitando mis movimientos, afianzados en la esquina del balconcillo.

Yo le había hablado mucho a Juan sobre el ejército francés. Comparamos los dos ejércitos, los oficiales franceses con los nuestros, incluso, le dije que se fijara en el supuesto asesor que nos había enviado Francia. Todo eso para que se diera cuenta que esto no era una guerra sino una mala imitación, y lo que duele es que muera la gente por tan poca cosa.

No me van a creer, pero a las mil leguas se veía que el que se acercaba era el capitán Macedonio Esquivel. Ustedes conocen a don Macedonio, el de la milpilla de Bajos de Juche, donde dicen que ha salido más de una vez el pisuicas. Pues también don Macedonio anda metido a capitán ahora, y es hombre fajado y de los buenos.

Yo vi que era don Macedonio, porque en primer lugar los filibusteros tienen otra forma de cabalgar, y en segundo lugar lo conozco bien. Pero el capitán Sanch insistía que si se paraba a la entrada de la ciudad, se lo “apeaba”. Dijo que podía ser un jinete espía, enviado por los endemoniados oficiales de la horda filibustera. Y yo me preguntaba, papá, de dónde ha sacado este bruto tanta palabrería, para hablar tanto y decir casi nada.

Pero hay que ser Sanch. Eso es, hay que ser uno Sanch. Desde luego que si fueron tan brutos para hacerse cambiar el nombre, quitándole la “ez” final para que calzara mejor con el de su socio inglés, tenían que ser tan torpes como para pretender dispararle a don Macedonio. Y lo hubiera matado si no es porque ninguno de nosotros quisimos disparar cuando dijo “fuego” y cuando dijo “alto de fuego” el nica Rosales se echó a reír porque no habíamos disparado ni un solo tiro ni Juan ni yo, y el nica había tirado pero al aire. Y es que Sanch es lo más parecido que he visto a Jabillo, y decirle asno es ofender al animal.

El capitán nos mandó descanso, visiblemente molesto porque el sospechoso había resultado ser Macedonio Esquivel en cuerpo presente. Un vecino bien conocido de todos nosotros, menos del nica, y por tan poca cosa le habíamos hecho perder el sueño.

—¿Quién me llamó? —preguntó molesto.

—Pues fue el poeta —le dijo el nica Rosales; pero todos estábamos de acuerdo.

Nosotros guardamos nuestros fusiles en los rincones, y volvimos a mirar el paisaje mientras que el capitán regresaba a su dormitorio.

El sol comenzaba a hundirse, pero a hacerlo erguidamente, como saben caer los héroes, y sus rayos moribundos reflejaron sobre la pared de la torre el rostro de Juan. Alrededor del sol era como si hubiera una hoguera y yo . . . no sé, me fue entrando un escalofrío.

—Nos van a movilizar —dijo el nica Rosales—. Ese hombre venía como asustado.

—No hay nada de eso —contradijo el capitán, más dormido que despierto— la señal que venía dando Macedonio es que los machos se han ido.

Nos miramos los unos a los otros sin decir nada. Pero cuando Sanch se quedó de nuevo dormido en la placidez de la tarde, para Juan fue suficiente prueba y propuso que estuviéramos tranquilos. Pero el nica Rosales, tan amigo como era de andar con mañas tomando la gente de mingo, se puso a cantar bajito una canción de su tierra. La letra tenía que ver con la inocencia de ciertas criaturas y yo por disimular me puse a mirar el cielo. Y me decía: no te vayás a reír ahora, Timoleón Vargas.

Viendo dormir al capitán Sanch, se me ocurrió pensar que todos los cretinos creían fuertemente en el cuento del peligro de la patria, sin saber lo que significa. No me refiero a la gente común: la gente común es ingenua y sincera y se defiende por instinto. Ellos saben que la civilización que nos quieren imponer es la barbarie, y que la única actitud civilizada en este momento es la defensa intransigente de la barbarie.

Salvar los destinos de la República, dicen. Ninguno se ha leído, *El Contrato Social*, porque además casi ninguno sabe leer. Pero todos hablan de la defensa del bien común y de otras cosas semejantes.

Es cuestión de mirar el caso de Sanch. ¿Por qué podía dormir tan tranquilamente? Es que está gordo de los despojos y sabe que con toda la carne que nos ha quitado puede seguir gordo. El no está en peligro. El no es capaz de entender el verdadero problema. No sabe de la oposición entre la comunidad primitiva que somos y la civilización destructora que avanza sobre nosotros, destrozándonos, eliminando nuestras humildes inclinaciones de labriegos. Eso es: no es una cuestión de la patria, ni de la República, es una cuestión de vida o muerte de nuestra cultura, de defender nuestra libertad simple, que no sabe envidiar los goces de Europa, ni la grandeza efímera que se encierra en ella. Nosotros estamos en camino a la esclavitud, y hablan de la patria los cretinos.

Por eso yo no puedo olvidar lo que les hicieron, padre. No te pido que odies a esos cretinos, sino que tengás presente lo que te hicieron. Las lecciones de la vida hay que aprenderlas, como quien aprende a contar. No es cuestión de querer o de odiar los números, sino de aprender a usarlos. Es la misma cosa; los Mora y los Sanch, los Centeno y todos esos, defienden sus cafetales y sus bancos. Defienden sus haciendas, sus presidencias, sus préstamos.

Por eso han declarado la guerra. Le tienen miedo a un contrincante. Pero el drama, el hondo drama que nos hemos criado los de patas al suelo, va mucho más allá de una tienda o de un banco. Gane quien gane, nunca más seremos labriegos sencillos.

Ya viven aquí los banqueros ingleses. Ya tenemos asesor militar de Francia. Ya somos civilizados: es decir, vamos en movimiento, sudando siempre, en movimien-

to siempre. No tenemos ni un minuto ya para gozar del amor y de la amistad; no podemos detenernos tan siquiera a ver caer el sol, ni estar presentes por la mañana cuando nace la luz.

Por eso el capitán Sanch puede dormir; los Centeno y los Dull and Sanch and Company pueden estar en paz. Seguirán bebiendo aguadulce en tazas de la China.



Por eso yo nunca fui a defender la patria. Cuando me dijiste, Timoleón, eres un Vargas y eres joven y tienes el deber de defender la patria, fue cuando yo te dije, no tengo patria. Y si luego vine, si dejé las montañas y la lectura de Juan Jacobo fue porque me di cuenta que lo que está en peligro no es la “patria” sino la gente, la cultura.

Y qué es la patria, podríamos preguntarnos en español y en buen francés. Y lo mismo daría: los Sanch, la religión, los bancos. . . Pero la guerra es por nuestra cultura, por nuestra gente, por defender la barbarie. Y ahora sí, yo estoy.

Juan ceñía su machete. Juan mordía la tortilla. Juan era un muchacho loco que defendía la patria. Nunca entendió que la patria era él mismo, o no era patria.

El cura defendía la patria, de las violaciones de las mujeres, de los infieles machos, herejes, bárbaros, profanadores de los templos, aventureros salvajes; en fin, cuentos que él contó porque los oyó contar a otro cura, o porque en un ataque de locura logró imaginar; cuentos en los que llegó incluso a creer a punta de contarlos una y otra vez en mil diferentes maneras, tratando de convencer a un grupo de viejas que por no tener nada más que hacer se pasan el día yendo a misa, y de alguna gente decente que por decencia va a oír sus sermones.

Patria. Cuentos.

Yo no quiero tener la misma idea que los vulgares y cretinos

que se mandan a cambiar el apellido sólo porque se han conseguido un socio extranjero. Yo creo que la barbarie es el estado puro de la humanidad, y que hay que defenderla a toda costa.

Pero Juan vino a la guerra sin haber visto un macho. Y cuando por primera vez los vio en Santa Rosa, eran una horda de figurillas huyendo; y cuando los atisbó de nuevo en Rivas eran balas. Y yo pensaba, mirando el sueño tranquilo del capitán Sanch, que después de todo ninguno de ellos tenía la menor idea sobre lo que es un hereje, ni un bárbaro, ni un macho; pero mientras Juan y todos los que andan de patas al suelo veían venir sin entender, un peligro real, una horrible e inacabable pesadilla, para el capitán Sanch y su grupo el peligro era tan grande que los inducía al sueño; un sueño apacible y confiado, porque más allá de la guerra y de la derrota y del triunfo, las manos del común destino de los financistas y de los banqueros se tienden.

Por eso, él puede dormir tranquilo. Pero tú, padre, tuviste la experiencia y sabes tan bien como yo quienes son los violadores. Sabes tan bien como yo quienes son los sátiros del pueblo. Los conoces con nombres y apellidos y no son machos. Y yo digo: la patria de los Sanch es un cuento.

No es cuestión de odio. NO. Es cosa de recordar lo que nos hicieron. Y es importante que se lo digas a los familiares de Juan: William Walker no es un hereje, ni es macho, ni bárbaro, ni aventurero: William Walker es un soldado de los Estados Unidos. . . De la marina, dicen.

Díselo al pueblo. Diles que hagan la guerra con los Sanch y con los Centeno mientras estén contra Walker. Pero diles que después, cuando los otros claudiquen, cuando se dejan comprar como lo ha sucedido en Rivas, dile al pueblo que ha de volver siempre a la lucha, porque la lucha por la justicia es una cosa de no acabar, y la patria de los Sanch y de los Centeno y la patria de los que hemos andado de patas al suelo no es la misma. Porque entre la civilización y la barbarie, sólo hay amor en la barbarie.

En Nicaragua conocí a una joven llamada María. Nica es. Ella me ayudó a sobrevivir cuando los días quemaban, cuando las noches atormentaban los huesos, cuando en medio de esta guerra que no era guerra los capitanes con toda naturalidad duermen.

Ella como yo era sólo la sombra de la guerra. Ella como yo, no cree, no creía en los oficiales. Ella sólo cree en la tortilla, en su sabor, en el aroma del agua dulce, en el peso que le daba yo por cada jícara de aguardiente y en Dios.

Nosotros no podíamos dormir. Nosotros en el fondo combatíamos quemándonos el pecho. Estaremos mal si gana el presidente Mora. Estaremos peor si gana Walker, dice, dice María, porque la dueña de la casa está enamorada de Walker, dice, porque es un macho muy lindo, dice.

Pero yo le he explicado que salvaje es el que pierde. Todo valle se ve de acuerdo con la montaña en que uno está posando. Pero lo grande de María, lo extraordinario es que desde su lugar junto al fogón haya podido comprender esta verdad.

María es una sombra. Se quedó en Nicaragua. Estoy pensando en fiebre María. . . Estoy mariando en fiebre. . . Estoy fiebrando en María. . . y la fiebre duele cuando sudo María. . .

Y mientras sudo veo a Juan. Bajo los efectos del aguardiente protestaba. Había probado de la jícara de María muchas veces. Era aguardiente del cuartel general. Guaro del que toman los oficiales de Mora y su asesor francés. Juan deliraba. En realidad todos estábamos delirando, mareados por el sabor de abril y Nicaragua, por la ilusión de creernos civilizados, y creer que es bueno serlo.



“Timoleón. . . vos no sabés nada. Mentís. Me estás mintiendo. Don Juanito es sincero. Yo no sé nada de bancos que él quiere fundar. No sé de golpes a sus amigos de negocios. Ni nada. Pero yo veo a los machos: están en Nicaragua. Los veo. Y yo tengo una madre. Tengo mujeres parientes. . . mi tía. . . Y está Carmen.

Son ‘filisbosteros’ Timoleón. El cura lo dijo. Y cuando Carmen oyó eso me dijo ‘Juan’, y yo le dije ‘sí’, y Carmen me dice: ‘vas a ir’. Y yo, ¿qué le iba a decir? Yo le digo ‘sí’ porque tengo una madre Timoleón y está Carmen. Y yo digo eso porque nos quieren quitar medio país y nosotros no hemos tenido quien nos mande desde que se fueron los españoles y ahora éstos vienen aquí a querer mandar y yo me pongo oje

ro. ¿Qué otra cosa le queda a uno? Y yo te digo a vos, Timoléon, te pregunto a vos por qué has venido. Vos no crees en la guerra, entonces no debés pelear. Y has dicho que la patria de ellos es un. . . ¿mita? O mito, o como se llame. Yo creo que deberías darme vos otro trago, ora que el capitán está humao.

Pero, tengo que pensar que me estás mintiendo si yo veo al capitán Sanch durmiendo. Y yo veo que vino don Macedonio y casi lo matamos y nada ha pasado. Pero te me ponés raro, te me ponés raro y yo me achucuyo todito y sólo le pido a la Virgen. . .

En Alajuela a estas horas, ¡qué va a ser luna esto! Está fuerte esto. El capitán Sanch está humao: yo lo vi irse y volver humao. Vino así bonito y se acostó ahí. El nica Rosales y yo turnándonos toda la maldita noche, y el capitán tomando y vos vendiendo aguardiente y andando con esa nica María. . . Y sí, sí, bien que me gusta el guarito este, pero lo que no me gusta es cuando te ponés a hablar. . .”.

Papá, no sé cómo seguir esta carta. Cuando, escribiendo lo que llevo escrito resulta que me quedé dormido y cuando volví en mí, estaba bañado en sudor y el padre me estaba secando y decía que era el aire. “Es el aire de Nicaragua: apenas nos alejamos lo suficiente las cosas van a empezar a cambiar”. Y ahora no sé por dónde iba. No recuerdo qué era lo que les iba a contar. Algo me está arrastrando a un abismo, consumiéndome y el cura lo sabe y ha querido convencerme de que me confiese. Que confiese, dice. Y yo no tengo nada que confesar. En María volví a ser primitivo; en ella hallé el paraíso perdido; en ella volví a ser un ser original, más allá del bien y más allá del mal.

El cura se reiría si supiera y luego rogaría por mí. Risa de pepino se reía. Risa de mondongo. Risa clara, como las canciones de la selva, las de María, que cuando ríe toda la vida se ilumina de hilaridad. Ellos se reirán de nosotros, pero nosotros jamás nos reiremos de nadie, porque nosotros éramos la risa.

A lo lejos la mañana nace en mis recuerdos. La brisa sopla con un olor extraño, olor a lago. Vahos nuevos se levantan ardientes y queman la piel. Nuestro sudor corre libertado y cae sobre el piso del viejo campanario. Algo vuela. Vuelo de mondongo y de pepino. Vuelo de chicharra y de maíz.

Nosotros estábamos de pie, Juan y Rosales y yo y el capitán dormía. El señor presidente de la República desayunaba con sus oficiales y con el consejero francés. Y sus generales se quitan la goma brindando por la conquista de Rivas, y el levantamiento popular en toda Nicaragua.

“El cielo está un poquillo nublao” dijo Rosales, soñoliento, sus gestos lentos y torpes porque todavía hacía su efecto el aguardiente. Y yo los estaba mirando a los

dos. A Rosales y a Juan. Rosales tenía una cierta pose de brujo indio, como si heredara secretamente la sangre de Nicarao. Juan era un enredo. Se parecía a todos al mismo tiempo: a los negros que vi en Francia, a los gallegos que viven a la vuelta de la casa, en fin, también tenía su airecillo de Coyoche. No sé por qué los miraba y eran ellos: los que ayer no más laboraban la tierra y el murmullo del río opacaba el ruido de las chicharras, y desde el fondo de ellos surgió la palabra de honor, la decisión, la fe, las mentiras del cura y el miedo.

“Hoy es once de abril –dijo Rosales– cumple años la comadre de mi mama”.

Juan mirándolo, dijo lo que ninguno esperaba: “Y eso qué importa”.

“Es que esa yegua roncando me la recuerda” –respondió el nica señalando al capitán y todos nos reímos–.

Luego una hilera de luz dio sobre las botas del capitán y era diana. Entonces el capitán se puso de pie, para ordenarnos firmes, pero yo pensaba en la hilera de luz y en María.

–¿Qué te estás creyendo vos? –preguntó el capitán enfurecido–.

–Nada, Capitán. . .

–Pues tené cuidado: hace rato que estás buscando que te mande a fusilar.

No sé qué extraño ruido hice con la boca y los hombres estaban a punto de reírse y el capitán estaba pálido de rabia y era grave, muy grave, Pero en ese momento Juan gritó y el capitán la agarró con él: “¿Querés irte al carajo vos también?”.

Pero Juan estaba obstinado. En eso vi su sombra contra la pared del otro lado de la torre y volví a sentir el mismo extraño escalofrío de la noche anterior y el capitán gritaba como loco: “firmes, firmes todos”.

Yo volví a ver para un lado buscando el sol y los vi. Dos hileras. Cerca de la iglesia cerquita de nosotros y agarré qué le pasaba a Juan y saltando sin orden ni nada, tomé el fusil, y el capitán donde me vio con el arma creyó estar frente a la peluda, y yo creo que pensó en ti, padre, porque me dijo con un miedo del carajo, “Varguitas, Varguitas”, como te llaman a ti, y no fue sino después de que yo había disparado y Rosales había disparado que pudo gritar “ataquen, ataquen, son muchos, corran”.

Fue todo en un minuto: el grito del capitán, el sonido de las balas, nosotros saltando de la torre y corriendo por las polvorientas calles hacia el cuartel, y el capitán

corriendo adelante hacia el cuartel, y luego, su figura desplomándose, su grito formula-
do ya sin sonido, y la voz de los fusiles ordenando correr y correr y corríamos.

Juan se acomodó tras una piedra, y levantando la cabeza mientras yo me acerca-
ba gritó “los machos” y corríamos de nuevo. En eso sentí un pinchazo, carajo y dolía.
Pero me volví a tiempo y le rajé la vida con la bayoneta, y mientras el filibustero se
doblaba diciendo “son habas bicho” o algo por el estilo, le disparé a la pura boca
porque alguien dijo que habrían tomado la plaza y eso era feo. Pero me caí, casi frente
al cuartel y no podía levantarme. Entonces Juan me levantó en vilo y siguió corriendo
hasta que los dos caímos sobre el heno del establo del cuartel general.

—Huele a queso —dijo Rosales—; y yo no sé cómo un hombre puede hablar de
comida en un momento así. Ni sé cómo uno puede reírse, pero se estaba riendo.

—Eeh: te pincharon —dijo—.

Nadie dijo nada. Entonces el nica insistió: “Huele a queso”.

Juan se puso de pie y le dijo que a nadie le importaba el queso.

Creí que iba a sentir alegría al ver al obeso cuerpo del capitán sangrando en el
polvo. Después de todo lo que nos hizo el maldito. Pero tengo que confesar —y tal
vez debería decirle eso al padre para que se calme— me dio pena. Pena no. Me dio mu-
cha rabia: porque está bien, Sanch es un perro, pero eso no le tenía que importar a
ningún filibustero, ni tenían por qué venir a matarlo así y dejarlo en la calle como un
animal.

Logramos entrar a la casona y estaban conversando. Alguien me vendaba.

Hay que rescatar el cañón, dice el francés. Podrían usarlo contra nosotros.

—Sí señor. . . como mande, pero. . .

—Es una orden, teniente. . .

—Sí señor. . .

Me hubiera gustado salir con ellos pero todavía me estaban vendando. Y hubiera
ayudado a correr la voz, para que todos supieran que la consigna era el rescate del
cañón. Un oficial informaba que habíamos frenado el avance de los filibusteros casi
trente al cuartel general. Era fuerza salir al rescate del cañón y por la Virgen Santísi-
ma yo quería ir con ellos.

Acostado en el heno escuchaba la balacera endemoniada que, “prende y descansa” y “prende con entusiasmo por todas partes”, y, “los machos no pueden avanzar más”, como decían los informes; pero los minutos pasaban, y hay que rescatar el cañón y otro grupo debe salir y otro y otro. . . sí señor. . .

Cuando me incorporé salí con ellos. Teníamos que salir ochenta y me contaron setenta y nueve y estábamos en la calle tratando de rescatar el cañón. Corríamos en dirección contraria y yo sentía la pasión marteana revolando en el pecho y una inmensa alegría en cada golpe. Saltábamos hacia adelante sobre los cadáveres y corríamos hacia atrás sobre los cadáveres. . . y casi toda esa sangre era la de nuestros vecinos y yo lo sabía y tal vez por eso. . . Es que, eran vecinos de uno. . . eran los chiquillos con los que uno había jugado. . .



Después lo supe todo. Cuando por medio de un señor nica se vino a saber en la mañana del 10 de abril que unos hombres de Walker andaban rondando por Buenos Aires de Potosí, el Presidente Mora envió al mayor Juan Estrada y al capitán Macedonio Esquivel a investigar. Hasta allí todo muy bien. Luego vimos venir a Don Macedonio ya casi de noche, y era que venía a avisar que los hombres de Walker se acercaban a Rivas y hasta allí todo muy bien.

Pero esa noche en la casona grande hubo fiesta.

Yo como siempre, me escapé del puesto de guardia con el pretexto de siempre y fui a reunirme con María, quien además tenía una jícara de guaro que vendimos. No era exactamente guaro: lo hacían de maíz. Lo vendí casi todo, dejando un asiento para mis compañeros y yo.

Hasta allí todo iba muy bien.

Entonces fui al cuarto de María. Fui a esperarla y los oí hablando. A los del alto mando, me refiero. Creo que allí estaba el

capitán Sanch y el coronel Prudencio. A los demás no los conocía. Había una damita, hija o prima de la casa según entiendo. Y lo que conversaban era más o menos esto:

—¿Cómo es Walker?

—Es hombre de buenas maneras. . . fino. . . amable. . .

—Pero un poco tonto me dijeron.

—No: qué va. Si viera que jetuvo aquí. . . Es lo maj inteligente que he vijto.

—Y sus soldados. . . me imagino que todos son maleantes. ¿Cómo un hombre inteligente se rodea de gente así?

—Puej. . . a mí no me parecieron nada malentej. No son ni susioj ni harapientoj, ni loj oí con ninguna vulgaridad en la boca. Y conste que estuvieron aquí en mi casa.

—Pues yo tenía la impresión —intentó responder alguno—.

—Ustedej no tienen chance —insistió la damita— no tienen chance de nada.

—Deben ser de veras brujos —dijo Prudencio— porque por lo visto la han embrujado a usted.

Una risa un poco nerviosa llenó el lugar. La voz de otra dama se oyó, un tanto cargada de preocupación llamando a Micaéla.

—Pues oiga esto antes de que se vaya —dijo Prudencio— hay que agarrar a Walker y a sus secuaces y fusilarlos en el acto. Porque les digo una cosa: prefiero pegarme un tiro antes de tener que oír a mi hija hablando bien de un pirata. Walker es el pisuicas.

De nuevo las risas, entrecortadas por la otra voz femenina, y cuando las voces murieron el tono de la charla se alteró para adaptarse a las nuevas circunstancias.

María me trajo unos bocadillos. No tardaría mucho, dijo. Ya se estaban cansando y ahora con la señora molesta tal vez se iban. La

señora se había enojado mucho con Micaela por su comportamiento tan poco edificante, allí metida entre esos hombres, y había dado la orden de no servir más, y por el capitán Sanch que no me preocupara porque estaba borracho, que ella le había atendido muy bien para que luego se echara su buen sueño.

—Sin embargo hay algo de verdad en lo que dice —dijo algún oficial con un cierto acento extranjero—.

—En qué sentido. . .

—El ejército centroamericano no está bien presentado. . .

—Diga las cosas con franqueza —dijo Sanch—, son harapientos, estos soldaditos, harapientos y sucios. No tienen la menor idea de lo que es un ejército. Esto es un desastre. No hay respeto para los oficiales.

—En cambio hay que ver el ejército de Walker. . . —acotó algún otro—.

—La guerra depende de los oficiales —dijo Prudencio— no de los soldados. Eso hay que tenerlo presente: nosotros diseñamos las estrategias. Ellos son sólo los instrumentos que ejecutan.

—Y allí de nuevo la cosa es seria —dijo el extranjero— Walker no es un vulgar aventurero: es soldado del ejército de los Estados Unidos. De la Marina, dicen. Sabe mucho de estrategias.

—Bueno pero tenemos un asesor francés. . .

—Pero, dígame honradamente: ¿qué les parece?

—Bueno aparte de que es así como medio marica. . .

De nuevo las risas y yo estaba reventando: la guerra la hacen los oficiales. Debo confesar que tengo mucho odio acumulado contra los Sanch. Tal vez por eso es difícil ser del todo imparcial al juzgarlo, pero en ese momento dijo algo que me hizo sentir una desesperación casi incontenible, por estar allí metido en ese cuarto, sin poder meterme en la conversación, sin poder salir y gritarle “pirata, ladrón, prestamista de los demonios”. Dijo:

—Comandamos una turba de malnutridos. . . diría con más exactitud: un montón de muertos de hambre. Con estos carajos sólo un milagro de Dios nos puede salvar. Yo creo que Mora está loco: no se puede ganar con gente así.

—¿Y entonces? —preguntó Prudencio—, ¿quiere rendirse?

—No —dijo Sanch—, reconocer que esto es una turba y pactar.

Turba, había dicho. Y yo lo conozco desde la niñez, cuando era turba. Cuando andaba por el pueblo de patas al suelo robando gallinas. Su familia venía llegando de no sé dónde, y aunque tenían tierras no les producía nada. Eran vagos. Es en los últimos diez años que se han hecho ricos, con el negocio del café. Pobre doña Ramona. . . lo que le hicieron: a los intereses a que le prestaron y nosotros somos turba. Turba es él. Yo creo que ni firmar sabe y hablando de “diría con más exactitud”. Turba es él. Porque por él murió Pilar y tú sabes padre quiénes son los violadores del pueblo, sus nombres y sus apellidos y sabes que no son machos. Tú sabes del crédito, del sufrimiento de mamá y de la tuerce. Dos niños enfermos en tu casa y tu espalda jodida. Y entonces tener que vender.

Fue el final de Europa. Fue el final de tus ilusiones y de las mías. Y sólo quería traerme para acá lo poco bueno de la civilización. Y sólo quería ver si podíamos usar la ciencia sin destruir al hombre. Y no me dejaron.

Ricos en diez años y hablando de turba.

Cuando regresó María yo sólo quería irme. Estaba cansado, golpeado, con la furia de todos ustedes clavada en mis venas, con la furia de todos mis respetables vecinos que estaban dando la vida, “María perdoná, tengo que irme, tengo que irme”, y entonces María me dijo que me fuera pero entonces que nunca más volviera.



Mateo Marín cayó peleando, y con él cuatro soldados. El cañón seguía en la plaza y otros salían a buscarlo. Pero han matado al nica Machado.

—Nica no es —porfía alguno— es cubano.

—Es traidor —digo yo— ni nica, ni cubano: traidor.

—No hay forma de agarrar el cañón.

Los de Machado han huido —gritó alguien—, y entonces todos gritamos.

Vamos a volver. Vamos a echar a estos hijos de macho. Vamos a hacer de Centroamérica país de gente bautizada. Los machos no están bautizados: son como animales. Andan buscando esclavos. Porque como dice el señor cura desde que quebramos el yunque español para ser libres, no estábamos pensando terminar esclavos.

No sé en qué momento me integré al pelotón del capitán Corrales. Había que rescatar el cañón. Alcé la vista y los vi y eran ellos; los miré y en mis propios ojos se me hacían más grandes. Ellos, el capitán Juan Francisco Corrales y el teniente Florencio Quirós. Estaban en la fiesta anoche —me lo dijo María— y son valientes. Los había visto pelear en Santa Rosa. Iba a ser un honor luchar junto a ellos.

—¿Con quién estaba destacado soldado?

—Con don Pedro. . .

—¿Pedro Dengo?

—Sí señor. . .

—¿Dónde está?

—Cayó, mi teniente. . .

Se quedó cabizbajo el teniente y una mirada de profunda tristeza cruzó por su rostro.

—¿Ahora qué le digo a su madre? —preguntó—, pero la pregunta se le fue al vacío.

Está bien soldado: venga conmigo.

La calle ardía. La calle olía a polvo y a bala. La calle estaba olorosa a sangre.

—Usted: muévase. . . muévase.

—Cúbrame. . .

—Ese muchacho del tambor. . . que se quite de allí: estúpido.

Volví a ver a quién aludían y era Juan haciéndome señas.

—Víctor Guardia ocupó el fortín. . . ustedes: vayan con Valverde y con Mayorga.

Juan y yo nos acercamos a los oficiales y corremos tras ellos cubriéndolos.

—La pierna. . . agachate. . . qué balacera por Dios Santo. . . ¿cómo va la pierna?

—Sigue sangrando un poco y duele. . .

—Hav que aguantar. . .

Estábamos frente al mesón. Detrás de nosotros lucía un guayabillo. Jamás habíamos oído tanta balacera. Pero necesitábamos el cañón. Necesitábamos el cañón.

—Timoleón: ¿para qué necesitamos ese maldito cañón. Yo creo que hasta herrumbrado está.

—La guerra la hacen los oficiales —le dije— ellos hacen las estrategias. Nosotros sólo ayudamos un poquito, poniendo el cuerpo. . .

—¿Qué bicho te picó ahora?

—Quemá a ese bicho o dame chance. . .

Entonces levanté el arma apuntando y vi al macho desplomarse y como una estacada a traición la voz del teniente volvió a preguntar: “Y qué le digo a su madre ahora?”.

—Cuidado subteniente. . . —gritó un soldado—, y Pedro Valverde se detuvo allí un momento, mirando al soldado—, como si no surtieran efecto alguno las balas que ya habían dado en su cuerpo; seguía allí de pie, de pie todavía cuando nos dieron la orden de seguir; de pie aún después cuando lo alcanzamos dejándole atrás, todavía de pie. . . yo creo que nunca cayó.

—Señor. . . han matado a Zenón Mayorga. . . de los cien no quedamos ni veinte. . .

—Retírense. . . maldito cañón. . . retírense. . .

—Señor. . . y el cañón. . .

—¡Que se lo lleve Candanga!

No era fácil volver. Nunca fue fácil volver.

—El Presidente Mora les quiere hablar. . . dense prisa. . .

—No creo que se le vaya a ocurrir rendirse ahora. . .

—No lo creo. . .

No es fácil volver: pasar junto a los cadáveres que decoran el camino. Ver de paso la angustia en los ojos de los agonizantes. No, no es fácil volver.

Entramos al cuartel general exhaustos. Había perdido mucha sangre, y la venda estaba casi suelta. Juan se dedicó a mi herida en el rincón donde nos habíamos acomodado.

Había una gran expectación en el ambiente. El Presidente de la República estaba conversando con sus asesores; Juan temía la rendición. “Yo no entrego las armas” —decía—.

Afuera rugía la tierra. Rugía la ciudad. Rugían los hombres enfurecidos. Rugía el viento.

—Mande a llamar al general José Manuel Quirós. . .

Han caído demasiados por el cañón, decía Juan. Demasiados en un día, Juan. Tantos hombres, muertos después del trabajo de nacer, le decía yo a Juan, porque cuesta nacer. Han nacido y han tenido que golpear la vida mientras crecían. Y han recibido muchos golpes a cambio, “me entendés Juan”, “¿me entendés?”.

—La culpa es del maldito francés. . .

—¿Barril?

—¡Barriller! Maldito francés.

—Tal vez les haya ido mejor al capitán Joaquín Fernández o a Miguel. . .

—Joaquín . . . está caído: trataba de volver.

—¿Me entendés Juan? Son demasiados para una sola jornada: tenés razón. ¿Qué le diremos a su madre ahora?

Juan se quedó viéndome con perplejidad pero nada dijo. Pero de pronto lo miré y me di cuenta de lo que en algún momento ya les he dicho: que él era la Patria. El y doña Ramona: por ellos teníamos que vencer; teníamos que vencer.

—Hagan campo para este soldado. . . viene mal herido. . .

—¿Qué fue?

—Trató de obligar al general Quirós a agacharse. . .

El nombre hizo el milagro y el señor Presidente de la República estaba a su lado y Juan y yo nos cuadramos

—¿Qué pasó amigo?

—El ge-ne-ral-Qui. . .rós señor. . . yo trataba de obbbbligarlo. . .

—No entiendo. . .

—El general venía a conversar con usted don Juanito —explicó el que lo había traído— pero no quiso agacharse. Dijo que los generales no se agachan nunca y justo le dieron en la cabeza señor. . . Y éste trató de salvarlo. . .

—Hiciste lo debido soldado, bien hecho.

En la cara del soldado se dibujó una mueca de alegría: un gesto final. La noche se ponía en pleno día. Habían puesto a morir a un pueblo.

Luego lo supimos: ya no era necesario rescatar el cañón.

Y entonces, Timoleón, ¿por qué han muerto tantos?

—Juan, la guerra la hacen los oficiales. . .

—Pero han muerto muchos. . .

—Sí: muchos han muerto.

—Carlos Alvarado Barroeta. . . Juan Ureña. . . capitanes. Ramón Portu-guez y Jerónimo Jiménez, subtenientes.

—La lista sería de nunca acabar, Juan. . .

—Y todos por el maldito cañón.

—Bueno: ahora tenemos otras órdenes: atacar la casa de Cole y agarrar a Brewster a fuego cerrado.

—El Brus ese. . . ¿es el jefe?

—Creo que es el que manda en la plaza.

—Bien. . . será un honor pelear con Luis.

En eso vimos a Luis: siempre elegante. Me refiero a Luis Pacheco Bertora. Es teniente. . .

Estábamos frente al mesón. Para este momento, padre, habían muerto todos. La tarde nos tenía que dar tiempo, dije yo, y Juan que la Virgen Santísima nos ayude. Y yo, pensando en mamá y Juan hablaba de Carmen: cuando regrese me voy a casar con ella.

Frente al mesón. Estábamos frente al mesón y me dolía mucho la cabeza. Tenía fiebre. Mucha fiebre frente al mesón y mucho frío.

Entonces fue cuando sucedió todo. Se levantó como un gigante el nica Rosales, y cómo corría el bruto, alcanzó la tea que aún ardía en la mano abatida del teniente Pacheco y corrió. . . corrió y lo hizo: prendió el techo del mesón pero le dieron.

Estaba cayendo. En eso vimos a Juan. Todos lo vimos avanzar y dejamos de gritar. Volvió a pasar por mi cuerpo el escalofrío. Sólo era el trepidar terrible de las balas que salían del mesón y nuestras balas tratando de cubrirle. Juan tenía que llegar, terminar la obra de Pacheco y de Rosales y volver. Tenía que realizar su misión.

Un mareo extraño y nuevo rodeaba mi cabeza cuando de pronto se oyó un largo ¡Uipi-pi-pi-piaaaaaaa!

Un mareo intenso mientras el grito se alargaba en nuestras gargantas, y la fiebre era fiebre de Marte y éramos soldados y la guerra era de pronto una guerra-guerra y alguien gritaba viva Joaquín, viva el cholo Juan.

Y todo estaba de pronto bien. Mal herido. El teniente no tuvo tiempo de nada. Rosales murió también. Aguántenle la cabeza: hay que vendarlo; cómo sangra. Los filibusteros tendrán que irse. ¿Por qué gritan tanto?

—Es por el mesón: se está quemando.

—Se ha desmayao. . . y sigue sangrando.

—Vamos: hay que quitarlo de aquí.

—Si: alzale vos los pies y corremos.

—Corran hacia allá donde está el padre.

—Jesús: pero si es Juan. . . Juan el

cholino de Alajuela. . .

Detrás el mesón. La pierna dolía y yo no podía seguir. Pero Juan estaba allí, firme, vivo, llamando a Carmen. Yo tenía que seguir su ejemplo: tenía que seguir, vencer como él, serle fiel hasta el último: era mi amigo.

Entonces me llamó. Yo lo tenía agarrado por la cabeza y estaba tratando de vendarlo y me llamó. Y fue como que la vida me hubiera agarrado en ese momento, y toda la verdad acumulada a través de los siglos se me venía encima. No era posible decir mañana. No era posible decir ayer. Sólo era ese momento supremo en que Juan se volvió loco para morir. Loco, digo, porque habló de dos cabezas fusiladas: dos hombres de ideas opuestas rodarán vencidos. Y esta guerra, Timoleón, no es una guerra-guerra: has tenido razón.

Por eso digo que se volvió loco. Loco porque no puede ser cierto lo que dijo: que celebraremos esta guerra con marchas de la marina filibustera. No, eso no lo haremos nunca.

Estaremos junto a tu tumba, Juan. Juan para avanzar. Nada oculto dejaremos sobre el campo. Levantaremos los muertos, lo juro por mi madre. Levantaremos los muertos.

Sobre nosotros caía la tarde y el aire estaba ardiendo, y el olor a pólvora iniciaba tras de nosotros su persecución sin cuartel. No podían ser diez mil muertos, ni la muerte podía venir del aire.

—Juan. . . ¿deseas confesarte?

—Padre. . .

—Hijo. . .

—Padre, ¿es de noche?

—No: es que, has estado durmiendo desde antier. . .

¿Antier?

—Sí: los filibusteros huyeron en la noche. . .

—Padre. . . ¿dónde estamos?

—Vamos de regreso: el aire malsano de este país está matando mucha gente. Han tenido que echarlos en fosas comunes.

—Pero cómo. . . ¿cómo?

—Ganamos la guerra hijo, pero un enemigo invisible nos ataca ahora.

—Padre. . . ¿quién canta?

—Timoleón. . . Timoleón Vargas: viene herido también.

Y sí, era que yo estaba cantando una canción que inventé viéndolo dormir, sobre un vergel bello de aromas y flores que definiendo quiero y adoro, y por el cual mi vida daría.

No ha llovido. El Padre dijo que el destructor estaba sobre el pueblo y se puso a cantar la letanía.

Padre, vete a ver a la madre de Juan y dile todo eso. Y díselo al pueblo.

Nadaime Otón Y El Dios De Barro

Se llamaba Nadaime Otón.

Su nombre pudo haber sido real o imaginario, o producto de la mutación lingüística paulatina, solo posible en tan poco tiempo en un país donde los ciudadanos no están identificados.

Era inteligente. Pero debo confesar que no fue el primer atributo que me llamó la atención: al principio fue para mí lo más importante su hermosura: alta, guapa, y con unos ojos grandes, muy grandes que parecían contener ambos un mundo.

Me costó trabajo entender qué quería de mí. Yo vivía —sin saberlo, advierto— a la par de la casa de representantes de su movimiento político y necesitaban mi colaboración para enviar por mi medio un mensaje.

Había problemas con los canales normales, dijo. Y yo en mi ingenuidad creí todo. Hoy lo pienso, y creo que fue bueno que le hubiera creído, pues de otra manera la decisión que tomé anoche jamás hubiera sido posible.

Necesitaban comprobar si el sistema de comunicación aún funcionaba, y esclarecer por qué medios se filtraba la información a la policía.

—Es decir —protesté— me usan de cebo.

No corrés peligro —dijo— el mensaje va en clave.

Pero no era simplemente una cuestión de peligro. Yo no compartía los métodos de lucha guerrilleros y así se lo hice saber. Sería pues inmoral de mi parte prestar colaboración a un movimiento en el cual no creía.

Pero era muy difícil decir que no. Acostados en la cama, ella bañada por la luz de la mañana, su constitución atlética desplegada en toda su imponente belleza, como las plumas del papalomoyo que una vez vi cerca del Lago de Nicaragua. Y de pronto lo que desde hacía tanto tiempo venía explicando como el acto heroico de una forma suprema de locura, comenzaba a parecerme la tragedia de una mente cuerda.

—Han bombardeado las poblaciones —me dijo— han echado a los campesinos “sospechosos” desde los aviones sobre la selva; han violado a las mujeres y a los hombres frente a sus familiares; una bomba cayó sobre la choza de una madre que estaba dando a luz y el niño se ahogó entre la pelvis.

—Sí. . . pero esas cosas son difíciles de comprobar. . .

—Cualquier nica te las dice. Las violaciones han sido a media cuadra de donde caminan los turistas, media cuadra hacia el Lago.

—Pero. . . vos sos enfermera profesional. . . tu papá es juez. . .

—Si estás en la lucha podés gritar. Si no, deberías respetar. Cada uno es cada uno.

Entonces la amé. Supe que la amaba porque en ese instante me entró la duda y tuve miedo. Tuve el temor de que lo nuestro no había sido más que parte de sus métodos políticos, que todo lo subordinaba a eso, que yo era una pieza más en el ensamblado de la liberación de su país. Lo pensé, y tuve miedo.

—Qué lástima —le dije— realmente es una lástima.

Mis palabras habían sido cursi y eso aumentó mi inseguridad. Por eso cuando ella preguntó qué lástima qué, guardé silencio largo rato. No sabía qué decir.

—Bueno. . . pues. . . que tal vez esto sea un. . . un accidente exigido por la revolución.

Se rió.

—No seas baboso —me dijo— Nuestro movimiento es una organización para la liberación del pueblo de Nicaragua. No una agencia de putas.

Un vértigo terrible comenzó a hundirme tierra adentro, pero su mano me salvó. Su mano primero y sus labios luego: frente al látigo hiriente la caricia. Y yo pensé en un tren y un túnel que desde la niñez me seguía, y me sentí protegido, mientras el sudor lubricaba la piel.



II

Confieso que sentí grán alivio al amanecer del día de mi partida. Estaba enamorándome de Nadaime, y eso me causaba mucha tensión. Estar enamorado de una combatiente, que antepone su lucha a todo, dislocaba de tal manera mis esquemas que me mantenía en zozobra permanente, y un poco atormentado por los celos.

Además, estaba la cuestión del miedo. Durante los días de mi estancia, *La Prensa* había denunciado varios casos de tortura, y la víspera un grupo de supuestos guerrilleros habían sido acorralados en una casa y acribillados a balazos con intervención de varias tanquetas. Mi asociación con Nadaime me parecía riesgoso, a pesar de la insistencia de ella en negarlo.

—Si yo lo que soy es una enlace —me decía— si yo no soy importante.

Pero por temor o por intuición yo sentía que tal no era la verdad, que más allá del enlace estaba una comandante en ciernes, que no sería perdonada como no lo habían sido sus compañeros, y que sus palabras sólo eran vanos intentos por tranquilizarme.

La noche anterior había llegado a las diez cuando ya me resignaba a no verla más.

—Me vas a hacer falta —me dijo—, y fue el único momento de debilidad que le conocí.

—Venite conmigo —dije yo con cierta ironía. Era pedir agua en el desierto del Sahara.

--Vos sabés que tengo un compromiso.

--Pero tenés derecho a vivir. . . casarte. . .

—Cuando hay tantos hogares rotos por culpa de estos esbirros, constituir otro es casi un crimen. Y huir sería la peor traición.

—¿Y tu vida? . . .

—Bueno, desde luego que huiría de la cárcel.

Era imposible. Inútil insistir.

—Si parás en la cárcel y lográs huir, venite para Costa Rica.

—Sí —dijo— para que me ayudés a volver a internarme.

La noche se hundió sobre sí misma hasta las cuatro. Y al alba, cansado, sostenido solo por mi euforia, por la seguridad que poco a poco me iba invadiendo de que este amor lo era, la sensación de saber que mis relaciones con ella eran un honor, porque son escasos los seres como ella, que dan la vida por sus amigos.

Tardé una hora empacando y otra alistándome. Y ya con todo en orden la llamé, para que fuéramos por la clave.

Habían preparado el mensaje en clave utilizando tres textos menos políticos: uno sobre religión, otro sobre los mayas, otro sobre yoga.

Salimos del hotel a las seis de la mañana. Nadaime le dio un billete al conserje, quien a todas luces había sido su cómplice durante tantos días. El sonrió, respetuoso, rogando sobre nosotros la bendición de Dios.

Desayunamos en un restaurante de admisión restringida, y luego, nos dirigimos a un elegante barrio en un taxi de servicio colectivo.

Nadaime tocó en la puerta a pesar de la existencia de un timbre, y mirando su reloj dio unos segundos. Y luego, se agachó discretamente con movimientos tan rápidos que me fue imposible seguir y poniéndose de pie ella misma abrió la puerta y pasamos.

—Este es Saúl —señaló a un hombre de aparente temperamento nervioso y rostro indígena. El me sonrió, con entusiasmo nica, como un viejo amigo, como si toda la infancia la hubiéramos compartido.

—Cuando termine esto —dijo— nos vamos a tomar un buen trago a Monimbó.

—O en el palacio de gobierno. . .

—La cueva del esbirro será convertida en el Museo de la Revolución.

Y allí estaba la venganza. Tal vez una noche se acostó arrullado por la voz varonil de su padre y al amanecer su madre le había tenido que inventar historias, para que la verdad le llegara más adelante. Porque en Nicaragua, la verdad siempre llega mucho más adelante.

La entrevista fue rápida. Al mediodía estaba en el aeropuerto, víctima de una mezcla de dolor y alegría. Y cuando abordé el avión de Lacsá y las tonalidades de la tarde se fueron configurando entre las caprichosas nubes, y el avión avanzaba con su ruido calmo entre el ardiente sol centroamericano, y me preguntaban si deseaba tomar algo, solo el recuerdo de Nadaime evitó que reventara de alegría.

Tomamos tierra y yo quería besar la tibia tierra. Tomé un taxi a mi casa en Cinco Esquinas de Tibás, un barrio de la clase proletaria. Una pequeña cama, una silla, el closet, ese era el mobiliario de mi dormitorio. Y el dormitorio es lo que hace de un lugar una casa.

Además del dormitorio está la cocina: otra mesa que sirve de escritorio, de comedor y de mesa de aplanchar; una pequeña estufa, los utensilios mínimos indispensables. Un banquito y sobre la mesa un cuadro de la última cena. En realidad aparte de eso no hay mucho en la pieza.

Y está la sala. Un sofá, una mesita de centro, un radio tocadiscos digno de cualquier museo y una pintura de Jorge Gallardo.

Esa es una manera parca de habitar la tierra. Pero en Nicaragua me quedaba en el hotel Balmoral.

Pero hasta el momento me había bastado. Era por entero mi propia creación, desde la noche aquella en que me cansé de seis horas de sermón de Hilda y salí de su casa para no regresar nunca. Había venido creando este lugar, rodeándolo de cuidados, negándome a compartirlo incluso con nadie.

Era yo y mi cuarto de dormir y mi cocina y mi salita y . . . y mis libros. Mis libros: ciento ochenta tomos, la mayoría de los cuales estaban sin leer y quedarían sin lectura para siempre. Y tal vez mi casa me definía.

La soledad vive conmigo y dice el pueblo que es preferible solo que en mala compañía. Pero ahora, la soledad estaba sola: yo me había quedado en Nicaragua. Lo supe cuando sentí agradecimiento por el silencio del taxista. Lo supe al abrir la puerta de mi casa. Lo supe cuando me di cuenta que mis vecinos no estaban.

Quería salir de una vez del compromiso. No los conocía: me había bastado saber que estaban allí, como me había bastado saber que el sol sale por las mañanas. Era una impresión vaga, poco definida, nunca formulada en términos precisos.

Y de pronto encontré que la soledad, antes tan buscada era fea. Terriblemente fea.

Tenía calor. En otros tiempos habría salido en busca de una cerveza, a respirar despreocupado el aire fresco del San José nocturno. Pero ahora, sentado allí en la sala, aguantando la sed, dominando con costos el sentimiento de vacío que venía creciendo, me doy cuenta que quiero a Nadaime, y eso es terrible, porque quita la paz que me había formado poco a poco.

Porque era más que la búsqueda de un siglo roto. Era más que las frustraciones que empezaron desde que un tal Walker puso sus pies en Nicaragua. Mucho más que la voluntad de un pueblo, anulado por un tumor sangriento.

Era la búsqueda del futuro. Los dos frente a frente, ella sentada delante de mí, apenas cubierta y sudando, los dos tensos, ella en la dicotomía de su lucha y su amor, yo entre desearla y resentir que hubiese algo más importante que yo en su vida.

Pero la noche sigue su curso. El sueño se aproximaba y se iba en fuga a intervalos. Pero yo tenía que entregar el mensaje esa misma noche. Yo no quería fallar. No le quería fallar a ella. . .

Y me fui quedando dormido, sin que los pasos sobre la acera y la llave en la puerta —única imagen de los vecinos— turbaran mis sueños.

Todo habría sido fácil si antes de mi regreso no se hubieran mudado mis vecinos. Temprano en la mañana me levanté adolorido, temeroso de que el día se los hubiese llevado. Pero eran las cinco apenas. No obstante salí a cumplir el encargo, dispuesto a despertarlos si fuese necesario. Pero la casa estaba vacía y en la ventana un rótulo rezaba "se alquila".

—Se fueron antier en un taxi-carga verde —dijo una vecina—.

Y esas eran mis únicas referencias. Yo con mi libertad perdida; el placer de regresar de inmediato al campo, a mi pequeña finca de arroz, para bañarme en la quebrada bajo la sombra del árbol grande, y escuchar en el contorno el sonido de las hojas hasta que la voz de Julia rompiera el hechizo para anunciar que estaba servido el café.

Los esperé durante tres días. Mi paciencia se acabó al despuntar el cuarto alba y sacando el jeep temprano, enfilé hacia la finca. Pero a medio camino me detuvo un agente de tránsito. Era uno de los guerrilleros.

—Creí que. . . Por dicha que se me ocurrió traer. . .

—Sos hombre de poca fe.

—Bueno es que. . .

Revisó el texto y dando vuelta sin despedirse, dijo que todavía estaba a tiempo y arrancando su motocicleta se perdió en dirección contraria.

¡Ah, libre ya del peso! Libre para doblarme sobre el surco o tenderme a orillas del arroyo, mirar a los niños jugando al atardecer, libre para matar la imagen de Nadaime, de extirparla, de desangrarla por los poros.

Pero la imagen de Nadaime seguía dibujada con tinta indeleble. Y los recuerdos del tren entrando al túnel y el sudor cubriendo la piel me robaban poco a poco el sabor del campo y la calidez de Juana.



Meses después salía del baño una tarde cuando el teléfono empezó a sonar insistentemente. No quería atenderlo, no tenía deseos de conversar con nadie. Pero la insistencia era tanta que sentí curiosidad.

Era la voz de un tal Horacio Richardson que quería comprar arroz puesto en Managua. Los negocios eran negocios y además dijo tener la recomendación de la Enfermera Profesional Nadaime Otón.

Lo cité al Parque Central con el corazón sacudiéndose con inusitada violencia.

Mi sorpresa es enorme cuando, en vez del jovencillo pequeño burgués de manos suaves, o el afrolatindígena aguerrido que esperaba, un señor más bien aristocrático de unos cuarenta años se identificó como Richardson, invitándome a pasar a su auto. Por un momento pensé que a lo mejor el negocio de arroz era en serio.

—Soy tío de Nadaime— dijo, mientras el auto cruzaba la ciudad y se enfilaba hacia los cerros del sur.

—Ah, sí— respondí tratando de dominarme. Tenía que mantener la compostura de un profesional.

—Sí: ella me habló de usted.

—¿Y cómo está? —pregunté pensando que Richardson era un esbirro del régimen, y solo me tranquilizó pensar que estaba en mi tierra.

—Posiblemente tenga usted dudas —dijo— tal vez esto lo convence.

Sacó de su bolsillo una carta en la que Nadaime me escribía, con alusiones muy personales y descripciones de anécdotas que solo ella y yo conocíamos.

—Se supone que usted quiere arroz— le dije un poco inseguro. Pero en el fondo había en Horacio una simpatía natural difícil de rechazar.

—Mi familia es rara —comentó él— unos están con el régimen otros en contra. Mi hermano es juez. Mi hermana se casó con uno de los militarotes. Mi sobrina y yo le hacemos la guerra a la dinastía.

Nos habíamos detenido frente a un negocio de abarrotes en la afueras de la ciudad. A lo lejos, las luces de la ciudad se destacaron contra el fondo oscuro de la noche.

–Es lindo Costa Rica.

–También Nicaragua.

–Sí, pero es otro tipo de belleza: belleza. . . amarga.

El fresco aire de la noche se distribuía por el cerro y el pulmón.

–No acabo de entender qué quiere. . . o quieren. . .

–Lo que usted hizo fue muy importante. . .

–¿Y qué hice?

–Trajo un recado que salvó una vida.

–No lo supe.

Una larga pero serena pausa de Horacio me hizo pensar en Nadaime. Tenía muchos deseos de preguntar por ella, de entusiasmarme con sus recuerdos, por indagar con este supuesto tío sobre su vida, por influir en ella por medio de él. Pero cuando estaba a punto de pedir informes Horacio rompió su pausa para informar:

–En 1926 mi padre estaba en León, al lado de los liberales. Estaba identificado con ellos, pero no se atrevía a tomar las armas. Era un hombre bueno, pacífico. Nos crió en forma muy sencilla, a punta de pinol y nacatamales como cualquier hijo de vecino. Y hubiéramos terminado siendo pequeños hacendados de no haber sido por el tristemente famoso Coronel Stimson, que los gringos mandaron a acabar la guerra civil que ellos consideraban signo de barbarie.

El traidor José María Moncada se alió a él. Y todos, uno a uno, como si no tuvieran sangre en sus venas se le fueron a arrodillar. Era el dios de barro, el dios rubio con su séquito de angelitos caídos. ¡Putas!

Una profunda indignación sustituyó la mirada taciturna y el reposo anterior. Prendió un cigarro. Un auto iluminó el contorno y pude ver bien a Horacio: era también un afrolatindígena. Sus rasgos tenían trazos de los indígenas que poblaron su país, su piel blanca subrayaba su ascendencia europea y su pelo crespo evocaba una lejana tierra de leyenda.

–Mi padre se fue a las montañas con Sandino. A las Segovias.

Conforme se iba desenredando la madeja, tenía la sensación de participar en un acto sacramental. Y poco a poco, Nadaime y Saúl y toda la historia se me hacía luz en el pensamiento.

—Vino después la paz de Tiscapa: fue una traición al pueblo. Por eso tuvieron que continuar la lucha: la ambición había cegado a los líderes. Entregaron las armas los cochinos. Papá cuenta que se opuso a la entrevista del Caudillo y General de Hombres Libres con el servil de Juan Bautista Sacasa. Se opuso violentamente y Sandino casi lo fusila por sublevarse. Y luego para él eso hubiera sido preferible a vivir el resto de la vida con el dolor de la muerte de su General de manera tan traicionera, por el primero de los tiranos de la actual dinastía.

—¿Y hubo reacción de la gente? Supongo que sí. . .

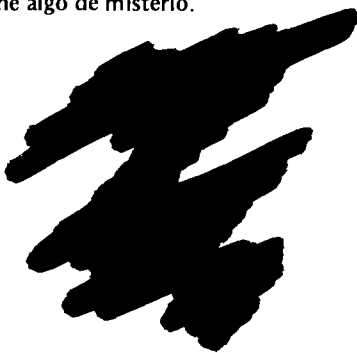
—Sí. . . pero agarraron a los líderes desarmados y los mataron a todos. Protestaron algunos intelectuales. Otros, los poetas vanguardistas por ejemplo se dedicaron a cantar la necesidad que el país tenía de un dictador. Y con sus laudos el fundador de la dinastía se hizo coronar.

—Y los liberales. . . pues. . .

—Eran unos puerquitos. Y la gran puta de mi hermana se casó con un militarote de esos.

Luego guardó silencio. Había dado la información suficiente para ganar mi confianza y simpatía. Tal vez yo era un poco ingenuo, y muy dado a novelar. Lo cierto es que Horacio Richardson se me hizo grande en esos momentos, como un monumento vivo al recuerdo de Sandino. Y la cordura que había descubierto bajo la pasión de Nadaime una mañana cualquiera, se expresaba en él como una leyenda.

Y toda leyenda tiene algo de misterio.



IV

En julio fui a Managua dispuesto a todo. Nadaime tenía que escoger: o ella se mudaba a Costa Rica o yo me establecía en Nicaragua.

Sentada en la cama con los pies recogidos frente a la pelvis, su espalda ligeramente apoyada en la pared me miraba como si quisiera fundirme. Estaba consciente de que no podía decirle simplemente, "casémonos". Ella ya había dicho que cuando se es militante en una lucha armada, sólo es posible el matrimonio con otro soldado. Pero yo quería formalizar nuestras relaciones.

—Nadaime. . . y si ganamos la guerra. . . si vieras a tu patria libre, ¿tendrías tiempo de. . . digamos, pensar en una familia?

Apoyó la cabeza sobre la pared también, pero no titubeó a la hora de responder. Era una mujer de grandes convicciones.

—Al terminar la guerra de liberación comienza la revolución.

Pero enseguida la dureza del soldado se esfumó de su rostro.

—Toño. . . dijiste, "si ganamos".

—Bueno, yo. . .

—Además. . . quieres que nos casemos.

Tenía ahora una frescura de niño envidiable.

—Tonto —dijo: ¿sabés qué? Seremos compañeros. Así será una misma cosa el amor y la lucha, la lucha y el amor.

Pero no duró mucho la alegría total que me había invadido.

—Tenemos un secuestro entre manos.

Así iba a ser mi vida, entonces. Un secuestro. Una operación. Acaricié su pelo fresco y negro y sentí que acariciaba pólvora. Sus ojos negros un secuestro.

El amor y la lucha: lo mismo, un ministro.

La lucha y el amor, salvar compañeros detenidos que están siendo torturados y que podrían ser fusilados en las cárceles, la lucha y el amor y el amor y la lucha lo mismo.

Y yo estaba pensando y no pensaba. Estaba amando y no amaba. Y en el fondo me cautivaba el temor de perderla a lo largo de la lucha, perder el amor en la lucha y luego cómo amar la lucha sin mi amor.

—¿Quién es? —pregunté con ingenuidad.

—Un criminal —dijo secamente y se había roto el hechizo.

V

Fue esa misma tarde después de que ella pidió mi colaboración.

—El tico tiene problemas de conciencia.

—Problemas de conciencia: ¿los contrabandistas tienen conciencia?

—Ya no es contrabandista: abandonó el oficio por amor.

Carrías estaba al mando.

—Olga: traenos café.

En la mañana me había levantado temprano y había salido a recorrer las calles de Managua. Cuando volví, “Miss Nadaime Oton’s chofer” me estaba esperando. Su nombre era Vivián. José Sevilla.

Su voz me parecía conocida, pero no logré asociarla con ninguna persona en concreto.

—¿Adónde vamos?

—A la Quinta Otón.

El auto viajaba ahora ya por la ancha carretera. Nadaime había dicho, “a media mañana mando por vos” y eso había sido todo.

El chofer dijo que en la canastilla delante de mi asiento había una nota para mí. La abrí con avidez, esperando en ella instrucciones precisas. Pero eran solo dos palabras: “Hola amor”.

La sangre se me vino a la cara y la cabeza hervía y la boca se me fue llenando de una especie de jugo con el sabor

de Nadaime penetrando todo mi cuerpo, y su fragancia inundando el auto y por la ventana el cerrito donde el General mantenía a los huérfanos recogidos de la calle tratándoles con mano de hierro pero haciéndoles serviles, para convertirlos luego en los efectivos de su propio personal batallón.

Nunca había pensado en los guerrilleros como seres normales de carne y hueso, capaces de amar. Capaces de pequeños gestos como el que la minúscula nota retrataba. Por eso la primera noche, cuando tomé a Nadaime entre mis brazos todos sus gestos habían parecido mecánicos: sabía de antemano que estaba en la lista de sospechosos que tenía el régimen por la infidencia de un amigo borracho. Pero ahora, ahora me daba cuenta de la profundidad de mis prejuicios.

Olga trajo el café. Los demás hablaban de los partidos de béisbol, y hacían apuestas y eran los guerrilleros.

Carrías nada tenía en común con los otros salvo la causa. Era rubio, de ojos azules, delgado y con una cierta apariencia de hípie.

—¿Sos nica?— le pregunté.

—¡Claro! —dijo— de Estelí.

—He pasado por allí. Es frío.

—Como San Isidro de Coronado —dijo Carrías. Y antes de que yo preguntara agregó: estudié en Costa Rica.

Nadaime apareció en ese momento. Vestía con una inusitada elegancia y me costó mucho reconciliar esa figura con la muchacha sencilla de pantalones de mezclilla que entraba en mi cuarto del hotel por las noches y se iba con los primeros rayos del nuevo día.

Se acercó a mí, y me besó en la boca y luego le preguntó a Carrías si ya le habían presentado a su "compañero". Uno de los presentes que luego supe que se llamaba Martínez se arrodilló frente a nosotros fingiendo fotografiarnos y todos reímos.

—¡Chocho —comentó otro llamado López— a saber qué le echaste, jodido!

—Bueno... —hablemos en serio —dijo Carrías—.

—Terminemos de comer —protestó Olga, pero Carrías se mantuvo impasible.

—Llame a Sevilla y díganle al cocinero que recoja las hojas del jardín. El tico tiene problemas de conciencia —repetió por enésima vez—.

—Bueno... no son problemas de conciencia: es que...

—O tenés miedo —dijo Martínez con cierta crueldad sarcástica—.

—Tampoco es miedo...

—No estás con nosotros...

—Nunca dije que estaba con usted:

quiero ayudar. Eso es todo.

—¿Por qué?

—Bueno: Nadaime me ha hecho ver... y Horacio también... que... su causa es justa y yo...

—No seas hipócrita —dijo Martínez— con desmesurada pasión: las fal-das son las que hicieron el milagro.

Carrías lo mandó a callar.

Martínez me cobraba algo. Tal vez yo estaba usurpando su lugar junto a Nadaime. Y ahora también resultaba yo celoso.

—Sos un gran bruto —dijo Nadaime con furia—.

Yo era nuevo en el grupo. Ni siquiera era del grupo. ¿Qué secretos tenían que me era aún vedado? ¿Qué experiencia común de la cual yo estaría para siempre excluido?

—Está bien —dijo Martínez—. Vamos a ver si el tico aguanta cuando viene el plomo.

—¿Qué pensás del secuestro?

Carrías me tomó fuera de balance.

—Hable con franqueza —dijo Nadaime—.

—No me entusiasman...

—Ahí está el problema —dijo Mar-

tínez: no le entusiasman. Este carajo solo ambigüedades y evasivas.

—¿Por qué no te entusiasman?

—A veces secuestran gente inocente. . .

—Nunca: nuestro movimiento no es un bando de terrorismo. Es una organización para la liberación de nuestro pueblo. El que vamos a pescar es un criminal.

Carrías miró a Olga.

—Contale lo tuyo —dijo—.

—Es que. . . mi hermano cayó en el Hormiguero por pasarse de tragos, y los guardias lo violaron. . . salió resentido de la cárcel y se metió a la guerrilla. . .

—Y como no podían agarrarlo —Carrías tomó la palabra con violencia— fueron a su casa y uno de los guardias violó a su abuela en presencia de Olga y luego a Olga misma se la pasaron los seis hijos de puta.

Olga lloraba en silencio.

—Luego —Carrías continuaba cada vez con más violencia— la amarraron al horcón, suspendida así de los sobacos y le dieron vueltas y vueltas hasta marearla y le rompieron la vida con un bastón.

Y la dejaron allí sangrando. . . y así estuvo como tres horas hasta que la abuela pudo ir por la Cruz Roja.

—Carrías yo. . .

—Y Olga se metió en la lucha también. Y la agarraron llevando un mensaje y le quemaron la nalga. . .

—Vea —dijo Olga levantando la falda.

¡Me lancé hacia ella desesperado para bajarle la ropa. Estaban en silencio y me esperaban. Tenía que decir ahora mi propia palabra. Miré a Nadaimé, con los ojos clavados en el piso, sin saber qué decir ni qué hacer, salvo esperarme. Todos me esperaban. Yo venía desde lejos:

—Olga— le pregunté casi murmurando y solo entonces me di cuenta que estaba cerca de ella, rodeándole el cuerpo. —¿Qué sabés de tu hermano?—.

—Soy yo —dijo López— ¿pero eso qué importa?

Sí, esa era la cuestión. No importaba ni los nombres ni los rostros. Era un pueblo victimado y un pueblo en lucha y el amor y el dolor y la lucha eran lo mismo.

—Carrías. . . cuenten conmigo.



Hice los contactos necesarios para venderle a la futura víctima un hato de ganado de contrabando. Quedamos de vernos cerca de la frontera para que él inspeccionara la mercadería y así lo informé a Horacio Richardson. Desde el día en que nos reunimos en la Quinta Otón no había vuelto a ver a Nadaime.

Estaba acostumbrándome: era ahora su compañero. Eso significaba que en los operativos importantes no tendría mujer. Era que la lucha y el amor para nosotros iba a ser lo mismo. Tal el convenio.

Pero tocaron en la puerta y cuando abrí era Nadaime.

—Reventó la mierda —fue todo lo que dijo— tenés que irte mañana.

Reventó. Sentía una tremenda angustia y no acababa de entender lo que estaba sucediendo. En Managua por primera vez descubrí el frío. Un frío que congelaba las manos y los pies y la espina dorsal.

—Pescaron a Martínez. . .

—Dios mío. . . y habló. . .

—Todavía no; pero lo harán hablar.

Busqué un paquete de cigarrillos dejados en algún lugar del cuarto.

—Es un pez gordo, ¿verdad?

—Bueno. . . ni tanto, pero. . .

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Te vamos a reservar asiento en el vuelo de las diez.

Ese no era el problema. No era el problema y así se lo hice ver.

—Por nosotros no te preocupés. Martínez no nos conoce.

Entonces me besó. “En la Reforma” —dijo en mis oídos, “no se te olvide: en la Reforma” y me besaba una y otra vez, aferrada a mí, sus ojos humedecidos pero sin perder jamás su actitud de combatiente.

Y se había ido.

VII

En el aeropuerto me aguardaba Horacio Richardson. Tenía anteojos oscuros y una profunda tristeza en su voz.

—Que te vaya bien —me dijo.

—Pero. . . los muchachos. . . ¿qué va a pasar?

—Hemos tomado nuestras precauciones: no te preocupés.

—Pero es que. . .

Pero de pronto me di cuenta de mi candor. ¿Cómo sabía que Horacio se llamaba Horacio, si a mi siempre me dijeron “el tico”. Y quién daba garantía sobre Nadaime Otón: ¿sería ese su verdadero nombre? Y la Quinta, ¿no sería alquilada? Y alquilado el carro, y el chofer un guerrillero, y entonces. . . yo. . .

Me encaminé en silencio hacia la puerta de salida porque estaban llamando a los pasajeros de mi vuelo. Horacio anduvo unos pasos conmigo en silencio.

—Hay algo que quiero decirte —dijo— el plan sigue y te vamos a pedir que llames a tu cliente desde Costa Rica y le des una buena excusa.

—Está bien— dije: yo estoy dispuesto a seguir. Me voy porque Nadaime dijo que me fuera. Pero estoy dispuesto a seguir.

—Bien. . .

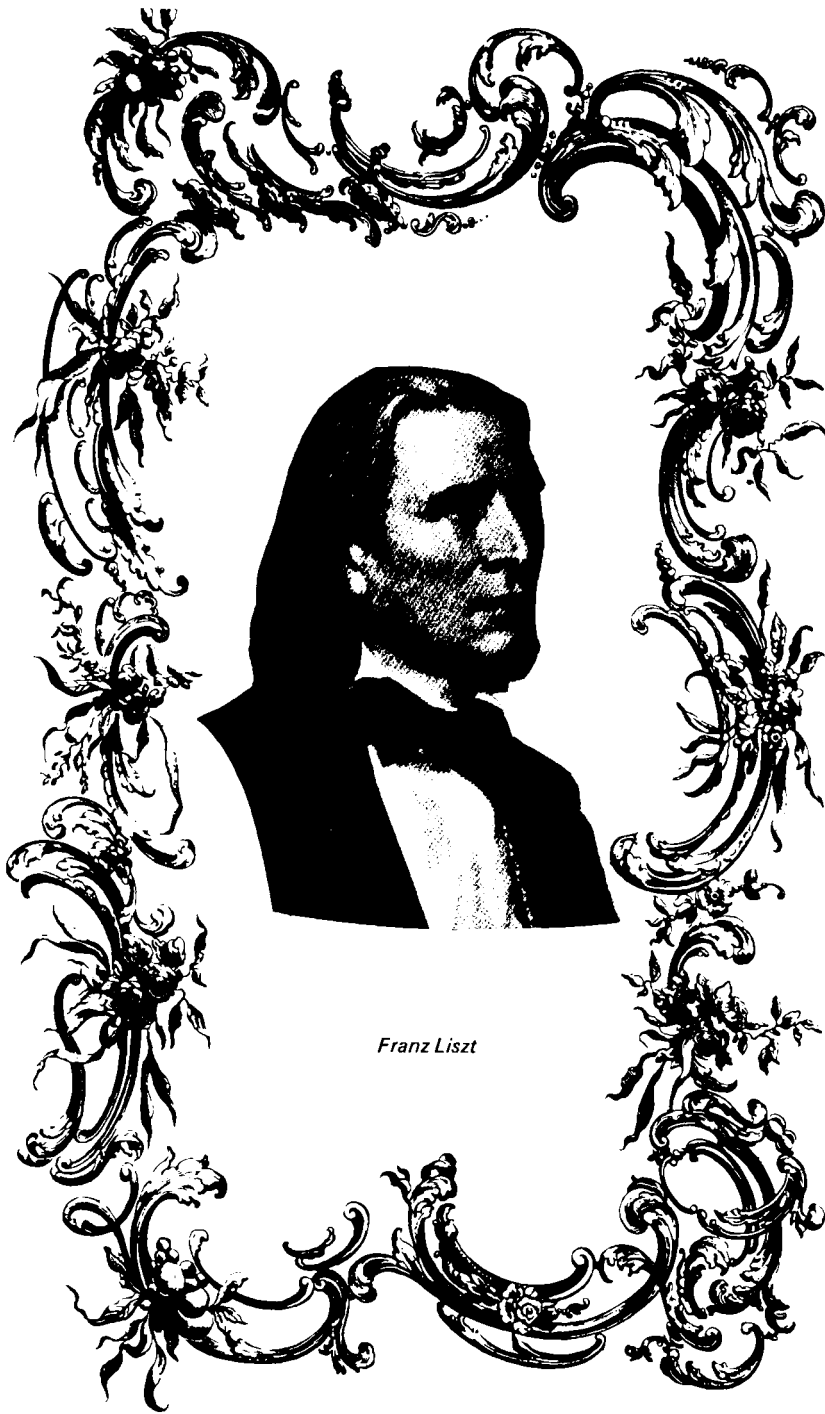
Hizo silencio. Había otra cosa que quería decirme: me detuve.

—Es que. . . los muchachos. . . tres de ellos estaban todavía en la Quinta y la guardia entró disparando.

De pronto toda la tierra dio vueltas en torno a mí. Un zumbido terrible de chicharras llenó mis oídos.

—Horacio —dije— y nunca en mi vida había sentido tanto frío.

—Sí —respondió él—: ella les fue a avisar y no le dieron tiempo.



Franz Liszt